



Casimiro Badalamenti tenía treinta años cuando desde el pueblo de Giardinello, en el que había nacido, se mudó a Cinisi. El viaje fue breve y lo hizo de noche a lomos de un mulo, tomando el atajo que sube por el monte y baja hasta el mar dejando atrás un gran manto de genista.

Entre los dos pueblos hay unos veinte kilómetros, pero se ignoran. Porque no se ven y porque, al ser Giardinello un pueblo de montaña y Cinisi un pueblo de mar, es como si fueran la tierra y la luna. Los intereses, la mentalidad, incluso el aspecto y las inflexiones de la voz de los habitantes de los dos pueblos son tan distintos que justifican el epíteto de «forastero» con el que estos, las raras veces en que se cruzan, se señalan con el dedo y se desprecian.

Casimiro Badalamenti abandonó Giardinello por razones oscuras. Ciertamente lo hizo justo después de la muerte del padre y del hermano, asesinados por error durante una emboscada preparada para otros, en una noche del tórrido julio de 1930. Pero Casimiro no era un hombre miedoso.

Con discreción, como se acostumbra en Sicilia cuando se abre la boca para hablar de probabilidades anheladas o temidas, se rumorearon en aquella época las dos posibles razones, de las

que realmente se sospechaba incluso antes de que Casimiro se decidiera a partir: temas de mafia o temas de mujeres.

En Cinisi una mujer la había, y se llamaba Concetta. Fue en su casa donde él se detuvo con su exiguo equipaje y se quedó a vivir.

Sobre sus tratos con la mafia nada se pudo comprobar; pero era de suponer que, como compensación por la muerte del padre y del hermano, alguna protección desde arriba le tenía que llover.

Porque Casimiro, una vez alquilada por diez años la propiedad de Giardinello, que comprendía un viñedo de uvas negras y una casa solariega, llegó como extranjero a Cinisi. Y allí, inmediatamente y con ganancias que iban más allá de cualquier previsión, empezó a comerciar con el tártaro del vino, que rascaba de los barriles de toda la zona y amasaba para venderlo después a una planta química de Palermo. Además, sin méritos aparentes, entró con extraordinario poder en el matadero municipal.

Casimiro era un hombre de mediana estatura, no gordo, pero sí robusto; tenía el busto parecido a un pilar, los hombros y la cintura de la misma medida, y las piernas, más bien cortas y provistas de macizas pantorrillas, se le arqueaban de manera que por delante los pantalones le caían prácticamente vacíos mientras que por detrás se le llenaban, tensos sobre sus prominentes músculos. La cabeza, de cabellos rizados y que sobre aquel cuerpo habría tenido que ser pesada, era inesperadamente pequeña, estrecha por las sienes, de las que partían cabellos negros y lisos, y se movía sobre un cuello demasiado delgado para aquel tronco. Los ojos, ya desde joven, los tenía rodeados de minúsculas arrugas, causadas quizá por el constante esfuerzo realizado para mantenerlos entrecerrados, como para protegerlos del exceso de sol.

Badalamenti no era un hombre que inspirara simpatía. Por aquel estar como echado hacia adelante por los contrafuertes

de las piernas, sus andares, aunque lentos, parecían agresivos y presuntuosos, hasta tal punto que los niños, cuando lo veían aparecer por donde jugaban, escapaban asustados. En el café de la plaza, al que iba rara vez para tomarse de pie en la barra una limonada, su manera de repartir saludos con una brusca elevación de la barbilla, esa mirada suya siempre estrechando los párpados, ese evitar licores y palabras hacían que los hombres, los sabelotodo, los joviales, los autorizados y los arribistas, todos, lo vieran con malos ojos y sintieran su presencia como una especie de estorbo.

Las pocas mujeres que se dejaban ver por las calles del pueblo (si eran jóvenes, en parejas o acompañadas por niños o viejas; si eran viudas, solas, pero atrincheradas detrás de mantos como murallas), a pesar de que él era joven y nada feo, especialmente cuidadoso en el vestir y notoriamente adinerado, se apartaban a su paso: atemorizados los ojos, privados de curiosidad, casi como si él fuera un cura o un inalcanzable señor feudal.

Casimiro Badalamenti bajó a Cinisi en una noche de septiembre que tenía en el cielo tres cuartos cojos de luna y en el aire el olor vivo del mosto. Con el nudillo del índice dio dos golpes precisos y secos en una puertecilla escamada por el sol e inmediatamente la puerta se abrió silenciosa ocultando detrás de ella, en la sombra, a la mujer que la había abierto. Él avanzó directo al centro de la habitación, donde estaba la mesa puesta para un único comensal, impecable. Alineó la maleta y los bultos junto a una pata de la mesa y se puso a desempolvarlos con las esquinas del mantel.

—Deja que lo haga yo, Casimiro —dijo la mujer, que había permanecido a sus espaldas, inmóvil—. Estas son labores de mujer. Tú reposa, estarás cansado.

Concetta tenía una voz melodiosa y lenta, vivificada por acentos apasionados, hasta el punto de que al oírla se le podía

adivinar en el rostro una actitud de fervor. Tenía, en cambio, una cara ancha e impasible, flácida y muy blanca, que los ojos negros, opacos y estáticos al filo de las mejillas apenas iluminaban. Fue a cerrar la puerta con el pestillo, que debía de estar bien lubricado, porque no hizo el menor ruido.

Al pasar junto a Casimiro, con sus senos grandes y prominentes que le llenaban las axilas y le redondeaban la cintura, como si le estuviera insinuando un milagro, le susurró:

—Voy a prepararte la sopa.

Casimiro se quitó el gorro y se sentó en la silla de paja delante del plato vacío. Con el codo apartó el plato para apuntalarse sobre el brazo plegado, que alargó sobre el borde de la mesa, y apoyó en él la cara.

Se atrapó entre los dientes la piel del índice y se la mordisqueó mientras miraba a su alrededor por la habitación con unos ojos que, al abrirse lentamente, aparecieron tras los párpados levantados negros y móviles como las alas de un murciélago.

La habitación estaba prácticamente desnuda, blanqueada con cal. En la pared de la derecha había colgados dos retratos de familia, fotografías muy ampliadas y difuminadas. Una mujer de cabello encrespado con una cadenita que daba varias vueltas alrededor del cuello y un hombre con cara de sueño que llevaba una burda chaqueta de cuyo bolsillo brotaba el gran candor de un pañuelo. Contra la pared de la izquierda había un mueble con muchos cajones de madera clara y con una superficie de mármol recubierta de adornos de poco valor: un perrito de cerámica, una pequeña caldera de cobre que contenía el ramo de palma de Pascua, una muñeca de porcelana con un lazo en la cabeza, dos cajas bordadas con cuentas de colores vivos. A los lados del mueble y contra la pared del fondo había muchas sillas alineadas y ordenadas. Casimiro las contó. Había diez. Los labios se le torcieron en un movimiento de desprecio. «Casa de citas», se dijo con un gorgoteo de rabia en

la garganta. Apartó los dientes de la piel del dedo y le ordenó a Concetta, que silenciosamente se movía en la otra habitación:

—Todas estas sillas menos dos, fuera inmediatamente, al depósito.

Concetta apareció por la puerta sujetando con sus manos cándidas y gruesas la sopera.

—En cuanto te sirva la sopa caliente lo hago.

—¡Inmediatamente, he dicho! —gritó Casimiro, y golpeó la mesa con un puñetazo que hizo temblar el tubo de la lámpara y la llama.

—Ya va, ya va —dijo la mujer suavemente, y apoyó la sopera junto al codo de Casimiro.

Creyendo que el perfume que emanaba podría calmarlo y desviarlo de pensamientos irritantes, Concetta empezó a transportar con estudiada lentitud las sillas al cuartucho oscuro adyacente a la cocina.

Cuando terminó, volvió de puntillas junto a la mesa. Esperó un instante. Después, sin sacar el cucharón, que permanecía hundido en la sopa, sino removiéndolo levemente por el mango, levantó la tapa de la sopera y preguntó:

—¿Puedo servírtela? Está rica, le he echado una gallina.

Casimiro posó los ojos sobre su gran rostro blanco y, apretando de nuevo los párpados, como si hubiera sido sorprendido por un eco, inquirió:

—¿La gallina has salido a comprarla tú?

Concetta se santiguó rápidamente:

—¡María santísima! No he faltado ni faltaré nunca a la promesa, pregúntaselo a los del pueblo si no me crees. Pregunta, hazme el favor. Me la ha traído doña Fania, ha dicho que te la regala. Es una de sus gallinas. Quiere servirte. Tiene sesenta años, pero ella también es mujer. Le gustas, como a mí, como a todas las demás.

—Cretina —dijo Casimiro volcando el vaso con el dorso de la mano—, no vas a engatusarme con tu cháchara de desvergonzada. Te gusto porque te he pagado más que todos esos sinvergüenzas que venían a buscarte por las noches juntos. Y, ahora que me he venido a vivir a tu casa, más te tendré que gustar. Podrás llenarte los cajones con ropa interior fina, collares y bufandas de seda. Pero acuérdate, el honor es todo tuyo, por tenerme en casa. Y el honor, cuando ya no se tiene, es difícil volver a comprarlo. Cuesta caro, cuesta muy caro...

Casimiro pareció calmarse en el surco de un pensamiento que tenía que ver solamente con él. Volvió a apoyar la cabeza sobre el brazo y, con la piel del índice de nuevo entre los dientes, alzó lentamente la mirada desde las anchas caderas de Concetta, que se erguían por encima de la superficie de la mesa, hasta el pecho abultado, que fructificaba hacia la mitad de la curvatura, bajo el vestido de algodón, en dos bayas que él sabía que eran oscuras y granuladas como moras. Desde el pecho, la mirada subió hacia el cuello grueso, rayado transversalmente por los pliegues de la carne, dentro de los que lucían hilos de sudor parecidos a telarañas impregnadas de rocío. Por el palpito presuroso que las venas invisibles llevaban a los lados del cuello de Concetta, vio que la mujer tenía miedo. Recorriéndole con miradas escrutadoras todo el rostro, de la barbilla al cabello, le dijo apretando los dientes:

—Si descubro que no me obedeces, te parto la cara.

Concetta se puso colorada, pero sonrió, casi como si las últimas palabras la hubieran halagado. Cayó de rodillas a los pies de él y, apretando el enorme pecho entre las piernas que Casimiro, sentado de lado junto a la mesa, tenía abiertas, con los sombríos iris por fin brillantes de inteligencia amorosa, le dijo con voz dulce:

—Eres tú el dueño. Mi dueño—. Y reclinó la cabeza, pudorosa de su sonrisa.

Casimiro se encorvó sobre ella. De las trenzas recogidas manaba el olor denso del sueño; de las axilas apoyadas sobre sus rodillas, el olor agrio del amor. Le preguntó:

—¿Has puesto en la cama la manta buena de Palermo?

—Sí, sí —respondió Concetta sin levantar la cabeza.

—Toda la noche... —susurró Casimiro. Sin ninguna ternura, sino con un hilo de voz orgullosa de oscuras victorias en otras tantas oscuras hostilidades que dichas victorias intoxicaban y transformaban en despecho, repitió—: Todas las noches... ¡y de día, si me da la gana! ¡Y la puerta de la calle, cerrada con dos vueltas de llave, para todos, hasta para el cura en Sábado Santo!

Concetta levantó la cabeza. Por haber permanecido demasiado tiempo inclinada, se le había enrojecido la cara hasta la frente, tanto que parecía que tenía fiebre. Dijo con voz tranquilizadora:

—De doña Fania te puedes fiar. Es vieja, te respeta, sabe cómo funciona el mundo. Con un montón de harina y una damajuana de vino, le pagas el año sin darte cuenta. Y con la promesa de protección a su hijo, cuando salga de la cárcel de aquí a cinco años, le cierras la boca con cerrojo. Mejor elegirla a ella para las tareas pesadas y la compra en el pueblo, a ella le interesa respetarte.

—Dame la sopa —dijo Casimiro—. Tengo que pensarlo con calma, quiero informarme como es debido sobre ella.

Para no crearle fastidio con su propio peso, la mujer quitó los brazos de los muslos de él y se levantó apoyándose con una mano en la esquina de la mesa. Una vez que hubo puesto de nuevo en orden mantel, vasos y cubiertos, llenó el plato hondo hasta el borde; luego se apartó a un lado y, con los dedos entrelazados sobre el vientre con gesto de satisfacción, permaneció inmóvil y mirándolo mientras comía.

—¿Quieres más? —preguntó cuando Casimiro terminó la ración, inclinando la sopera hacia él para que viera la gran

cantidad de comida que contenía y le entraran ganas de aprovecharla para evitar desperdicios, visto que era todo suyo.

—Dame más —respondió—. El camino desde Giardinello a Cinisi no es largo, cuatro horas cabalgando no cansan ni a una niña. El cansancio me viene de este bolsillo. —Casimiro dejó caer la cuchara para golpearse con la mano abierta el costado—. Este bolsillo estaba acostumbrado al peso de la llave de mi casa, y ahora está vacío. Quien soporta una carga, el cansancio en los huesos lo nota en el momento en que la descarga. Pero dadle tiempo a Casimiro Badalamenti..., dadle tiempo —repitió amenazando con el puño hacia la puerta cerrada de la calle—, y lo veréis reaparecer con una llave para el portón ampliado de su casa, más grande que la vieja..., y con alguna que otra llave de vuestras puertas, llevando el sobrepeso de todas ellas..., por satisfacción, cuidado, más que por interés..., compaisanos traidores, malignos, duros de mollera como burros y rápidos para atacar como halcones, ¿qué os creáis? ¿Que Casimiro Badalamenti no contaba porque estaba quieto y callado trabajando en su viña sin pedirnos que lo mirárais a la cara o que le tuvierais consideración? A los que están callados y hacen como si nada es a quienes tenéis que tener miedo, ya lo saben los viejos. ¿Y qué os creéis ahora, que la casa y la viña las he alquilado por diez años porque han matado a mi padre? ¿O porque soy imbécil? ¿O porque os tengo miedo a vosotros o a algún otro que hace que os tiemblen las piernas cuando vais solos por el campo? La espalda muchos de vosotros no la sentís segura. Para mí no es así, que tengo las espaldas cubiertas mejor que con una coraza, y nadie me las va a tocar. Porque mis espaldas sirven a las mejores espaldas de la provincia, ¿lo sabíais?

Concetta percibía la importancia de aquel discurso y precisamente por eso deducía que Casimiro se arrepentiría de haberlo pronunciado, aun como soliloquio, a un metro de sus orejas.



Para ponerle fin, haciendo como que solo le importaba ese único pensamiento suyo del que nada podía distraerla, le preguntó:

—¿La gallina te la sirvo caliente o fría?

—Tráela como esté. Tengo prisa. Quiero irme a la cama.

Casimiro trinchó con la punta del cuchillo las dos partes blancas de la pechuga de la gallina y sujetándolas con el pulgar y el índice de las dos manos empezó a morder y masticar arrancando un bocado ahora de un trozo, ahora del otro.

—Siéntate —le dijo de repente a Concetta, como si se le hubiera pasado por la mente un proyecto arriesgado pero provechoso—. Coge la otra silla, siéntate —recalcó con tono autoritario y determinado—. Aquí, en este lado, cerca de mí. De ahora en adelante pon la mesa también para ti, a mi izquierda. Y ahora cómete lo que queda de la gallina, está sabrosa. Cómela sin miramientos, estamos en nuestra casa.